JUAN VALERA Y ÁNGEL GANIVET, DIPLOMÁTICOS EN BÉLGICA

LOUIS CHALON
Universidad de Lieja

En el siglo XIX, en realidad, los grandes escritores venidos de la Península Ibérica que ocuparon cargos diplomáticos en Bélgica no fueron dos, sino tres. Sin embargo, tan sólo por deseo de ser completo mencionaré al primero de ellos, el portugués João Baptista de Silva Leitão de Almeida Garrett, el famosísimo autor de los *Viagens na minha terra* (Porto, 1799-Lisboa, 1854). En febrero de 1834, fue nombrado Cónsul General y Encargado de Negocios en el entonces joven reino de Bélgica. Pero, al cabo de dos años, fue promovido en calidad de Ministro Plenipotenciario en Dinamarca, cargo de que jamás tomó posesión puesto que, en el mes de junio siguiente, ya había vuelto a Portugal.

De mayor interés, en un congreso de hispanistas, son los casos de Juan Valera y Ángel Ganivet.

Desde el 22 de noviembre de 1883, Juan Valera y Alcalá-Galiano es embajador y ministro plenipotenciario de España en Estados Unidos. Ha llegado a Washington en el mes de enero del 84. Su carrera diplomática, don Juan la había empezado unos 35 años antes como agregado sin sueldo en Nápoles, donde era entonces embajador el duque de Rivas. En el año 85, con la muerte del joven monarca Alfonso XII, España conoce grandes cambios políticos que repercuten sobre Valera. El 13 de enero siguiente, Segismundo Moret, ministro de estado del nuevo gobierno de Práxedes Sagasta, confirmando otra carta del 29 de diciembre, anuncia a don Juan la conclusión de su misión diplomática en EE. UU. y, en sustitución, le propone Bruselas. Esta proposición, no hay que disimularlo, Valera la acoge como una humillación, considerando que diplomáticos de menos categoría que él actúan entonces en Londres y Roma. En una carta a su mujer (permanecida en España), carta fechada del mismo día 13 de enero, expresa su amargura: «Mi salida de aquí es inevitable. Yo no quiero que me

conserven por piedad o por tolerancia».[1] Piensa pues en jubilarse y dedicarse enteramente a su obra literaria. Finalmente, sin embargo, acepta su nombramiento en Bruselas, pero por motivos económicos. Su salida de Washington será todavía entristecida por un suceso dramático. La joven Katherine Lee Bayard, hija del Secretario de Estado, enamorada del autor de *Pepita Jiménez* y enloquecida por la perspectiva de la próxima separación, se suicida en la antesala de la embajada de España. Para el involuntario responsable de esta tragedia, fue un dolor comparable al que había padecido unos meses antes cuando su hijo menor, Carlos, había fallecido del tifus en Madrid.

A finales de marzo, don Juan Valera embarca en Nueva York en *El Labrador* con destino a Francia. Nada más llegar, pasa por París, donde encuentra a su hijo Luis que lo acompaña a Bruselas como agregado a la embajada. Apurado de dinero, como siempre, ni siquiera pasa por España y, el 12 de mayo toma posesión de su puesto en la capital belga. Sus enojos «crematísticos» no le impiden instalarse en Bruselas con toda la magnificencia que exige su rango. Sabido es que, a pesar de la relativa escasez de sus recursos, Valera consideraba indispensable para su rango vivir a lo grande. Su mujer llegará algo más tarde, después de una breve estancia en París. La familia ocupará la misma casa que el antecesor de Valera en Bruselas, Alfonso Merry de Val, «el tonti-galopín de Merry», como le llama en una carta privada.[2]

El nuevo Ministro de España había cruzado ya Bélgica 30 años antes cuando, a fines de 1856, había acompañado como secretario al duque de Osuna, embajador extraordinario cerca del zar de Rusia. Camino de Varsovia, la misión había parado unos días en Bruselas, donde el duque tenía que saludar a parientes suyos.

La familia Valera pasa gran parte del verano de 1886 en la ciudad balnearia de Ostende. Don Juan ocupa sus numerosos ratos de ocio escribiendo una serie de diez artículos destinados a la *Revista de España* en los cuales, después de leer la traducción al francés de *El Naturalismo*, de la ensayista gallega Emilia Pardo Bazán, ataca la escuela francesa de Zola, que empezaba entonces a influir sobre la novela española. Con suma violencia, se hace defensor de la moral y la religión: «La novela experimental responde en literatura a la negación de la metafísica en la ciencia. Es crear una literatura negando la literatura: negando todo lo que hasta ahora ha considerado todo el mundo como esencial de la literatura».[3] Estos diez artículos, satíricos y perspicaces a la vez, fueron publicados en

1. *Correspondencia de don Juan Valera (1859-1905)*, cartas inéditas, publicadas con una introducción de Cyrus C. De Coster, Madrid, Castalia, 1956, p. 130.

2. Carta a su sobrino Pepe (= José Alcalá Galiano) del 9 de septiembre de 1886, *Correspondencia*, p. 134.

Este mote algo desdeñoso se explica por la edad del dicho antecesor. Don Alfonso tenía sólo 22 años. Había estudiado en la Universidad Católica de Lovaina. Había entrado en la Carrera en 1882.

3. *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1949, t. II, p. 632.

un tomo el año siguiente bajo el título de *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas*. El volumen está dedicado a don Pedro Antonio de Alarcón.[4]

Analizando sus propias ideas filosóficas en una carta del 10 de julio de 1887 dirigida a su sobrino Salvador Valera Freuller, don Juan, preocupado por el debate entre ciencia y fe —debate muy de moda en aquellos años—, confiesa lo que sigue:

> «No puedo creer ni quiero fingir que creo en todo aquello en que es necesario creer para ser cristiano católico, y tengo, no obstante, mis creencias, mis espiritualismos y mis misticismos. Algunas altas doctrinas matafísicas, aunque sean impías, me enamoran a veces y me seducen: pero los positivistas y materialistas, hoy tan de moda, me parecen más vulgares y más disparatados que la vieja más devota, más crédula y más fanática».[5]

Unos meses después, volviendo sobre el tema con ocasión de otra carta dirigida a don José Alcalá Galiano, repite «No hay mitología más disparatada, no hay religión positiva más contraria al sentido común que la metafísica ateísta».[6] Y añade: «Para mí, cuanto inventen los sabios para explicar sin Dios las cosas, hace más indispensable la intervención de Dios, si las cosas han de explicarse».[7]

En el mes de julio de 1887, la familia Valera alquila una villa en Spa, ciudad veraniega muy frecuentada por la nobleza europea desde hace muchísimo tiempo. Permanece allá hasta fines de septiembre, interrumpiendo sólo su estancia en agosto para un corto viaje por Alemania con un grupo de amigos.

Salido de Washington casi contra su voluntad, con el sentimiento de ser víctima de una injusticia, dado que considera este traslado como un retroceso en su carrera diplomática, Valera considera a Bélgica y sus habitantes sin mucha simpatía: «Las pocas personas que he tratado tienen la *outrecuidance* francesa y la pesadez alemana tan bien combinadas que no se las puede aguantar».[8] Más que el juicio de un espíritu razonable, esto me parece un perjuicio fundado en la amargura de un fracaso personal. Eso se puede entender en los primeros tiempos de lo que su autor consideraba como una especie de destierro profesional. Pero esta opinión jamás será revisada o corregida. A pesar de la presencia de su familia (lo que no era el caso en EE. UU.), confiesa sentirse muy aislado en Bruselas:

4. Madrid, Tello, 1887. Figura en las *Obras Completas*, t. II, pp. 617-710.
5. *Correspondencia*, p. 145.
6. Carta del 23 de septiembre de 1887. (*Correspondencia*, p. 147.)
7. *Idem.*, p. 148.
8. Carta a su pariente el «Doctor Thebussem», o sea Mariano Pardo de Figueroa, del 29 de octubre de 1886. (*Correspondencia*, p. 135.)

«Desde la elevación diplomática en que estoy, es punto menos que imposible, por muy buena voluntad que yo ponga, el que baje hasta tratar con los burgueses. Y la *high life* vive encastillada en sus casas de campo, y no aparece por aquí [es decir por Bruselas] hasta que llega la *season*. Resulta que no veo a nadie: que me aburro y que tengo *saudades*».[9]

país: Aunque alude a su buena voluntad, no me parece que Valera haya hecho muchos esfuerzos para conocer mejor la sociedad belga. En su correspondencia privada de aquellos años —una correspondencia interesantísima para todo lo que toca a su actividad literaria—, hay que buscar mucho para encontrar detalles relativos a Bélgica. No puedo citar más que el extracto siguiente de una carta mandada al «doctor Thebussem», donde explica a su corresponsal su sorpresa frente a la división política y religiosa del país:

«Forma parte del ritual del buen tono el ser muy católicos, y parte del credo liberal el ser impíos: de suerte que los partidos no se dividen sólo para la política, sino por las ideas religiosas. Yo, que vengo de entre gente tan llana como son los *yankees*, estoy maravillado y cargado de tantas ceremonias y tiesura como aquí se estilan».[10]

En conjunto, aquellos años no son una época muy feliz en la vida de Valera. «He vuelto de América averiadísimo, muy viejo, y más pobre y ahogado en la inopia de lo que fui por allá», escribía a su sobrino Pepe en septiembre de 1886.[11] La situación no mejorará después de su llegada a Bruselas, sino lo contrario. La vejez, la posible proximidad de la muerte y la falta de dinero serán temas recurrentes en las cartas privadas que manda a España. Seguro es que nuestro clima lluvioso influye sobre su salud y su humor. «Estos fríos, que han vuelto, con nieves y hielos, me tienen peor de salud. Me he puesto muy viejo, y me siento muy abandonado, muy solo y muy triste», se queja al mismo corresponsal el 20 de marzo de 1887.[12] Algunas semanas después, en efecto, sus achaques le obligan a consultar a un ilustre médico en París. Pensaba ir a España en el mes de junio, pero desistió del viaje, retrasándolo hasta el otoño, y sabemos ya que pasó este verano tomando las aguas en Spa. No resistirá mucho tiempo más a su deseo de regresar a España después de una ausencia de cuatro años. Llega a Madrid el 11 de diciembre. No volverá jamás a Bruselas. Aunque preocupado por su situación económica, presenta su dimisión, aceptada el 11 de agosto de 1888.

9. *Idem.*, p. 135.
10. *Idem.*, p. 135.
11. *Idem.*, p. 132.
12. *Idem.*, p. 142.

Si bien Bruselas fue la penúltima etapa de la carrera diplomática de Juan Valera, Amberes representó la primera para el joven Ángel Ganivet. Licenciado en Filosofía y Letras en 1888, en Derecho tres años después, el granadino se preparó a oposiciones al Cuerpo Consular. En el 92, obtuvo el número uno de la promoción y el consiguiente nombramiento para el viceconsulado establecido en el gran puerto belga. Antes de salir de Madrid, entre otras visitas de cortesía, fue a ver al viejo Juan Valera.

Tampoco para Ganivet, la estancia en Bélgica (de julio del 92 hasta fines de enero del 95) representa una época feliz. Su historia de amor con la frívola Amelia Roldán le causa una honda depresión; le duele también su estancia fuera de España, mucho más de lo que hubiera pensado. Combate su nostalgia empezando a escribir, y lo hace con verdadero frenesí. Manda al *Defensor de Granada*, revista dirigida por el hermano de un amigo suyo, una serie de artículos que, unos años después, serán agrupados bajo el título de *Granada la bella*. Las empresas colonizadoras del rey Leopoldo II en el Congo le dan ocasión de concebir la *Conquista del reino de Maya*. Lo que pensaba Ganivet a propósito de Bélgica y sus habitantes lo sabemos sobre todo por su *Epistolario*, correspondencia dirigida a su amigo entrañable, el toledano Francisco Navarro y Ledesma. [13] Sus observaciones son numerosas. En esta breve ponencia, me limitaré a lo que toca a la política belga.

Desde su llegada a Amberes, el vicecónsul de España lee *L'Independance belge*, diario del partido liberal, anticlerical y conservador, un diario que, a su parecer, «no le cede hoy a ninguno de los periódicos de París» y cuyo suplemento literario «lleva muy bien la batuta en cuestiones de arte».[14] Más aún que Juan Valera, Ganivet queda impresionado por el catolicismo militante y la francomanía de gran parte de la burguesía belga: «Aquí son más papistas que el Papa [...] y recogen como maná bendito todo lo francés que huele a *esprit*, o que lleva el sello de moderno, de fresquito, de *fin de siècle*», añade en la misma carta.[15] «Los curas de aquí están mejor que ahí, sin comparación posible. Se dan importancia de directores generales por lo menos; no se familiarizan con todo el mundo. Cuando esto ocurre en una ciudad liberal como ésta (es decir Amberes), donde el Ayuntamiento es todo liberal, no sé lo que pasará en Flandes, donde el catolicismo parece estar en pleno período inquisitorial.[16] Ya Valera observaba la violencia de los conflictos filosóficos en la Bélgica del siglo XIX; Ganivet la expresa de manera más concreta: «Los bandos se hacen guerra a muerte, y no hay un católico que admita en su casa a un liberal por nada del mundo.[17]

13. Correspondencia publicada en las *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1951, t. II, pp. 825-1034.
14. Carta del 22 de junio de 1893 (*OC*, t. II, pp. 857).
15. *Idem.*, pp. 857-858.
16. Carta del 30 de junio de 1893 (*OC*, t. II, p. 881).
17. *Idem.*, p. 881.

En la historia política del país, las elecciones de octubre del 94 fueron importantísimas; por primera vez, eran organizadas con sufragio universal y plural. Los vencedores fueron entonces los católicos, sufriendo el partido liberal un terrible fracaso, mientras que —cosa nueva, inédita— el partido obrero colocaba 33 diputados en la Cámara. El vicecónsul de España comenta largamente el acontecimiento en una carta fechada del día de todos los Santos —y no del 1.° de septiembre como indicado erróneamente en las *Obras completas*—.[18] Aunque afirma que «ver desaparecer un partido es siempre agradable, porque hace pensar que un día desaparecerán todos», confiesa que en este caso, «al desaparecer el partido liberal, puede decirse que ha desaparecido el menos malo de todos». Elogia al jefe vencido, al liejés Frère-Orban, «un protestante justo y honrado, (que) ha gobernado cuarenta años y ha hecho muchas cosas buenas».[19] Como los demás lectores de *L'Indépendance*, nota una noticia consoladora: Las derrotas personales de los líderes católicos, «el jefe visible, o sea el presidente del Consejo Burlet y el jefe oculto Woeste, uno que quería organizar de nuevo el Tribunal de la Sangre para limpiar el país de heteredoxos.[20] Me parece seguro que Ganivet comparte aquí con su diario favorito el gusto de la exageración épica.

Ya aludí a la formidable progresión del Partido Obrero, observable sobre todo en las regiones industriales y mineras de la parte valona del país, por ejemplo, en la provincia de Lieja. En nuestra historia nacional, este éxito socialista representa un cambio mucho más importante aún que la derrota liberal. ¿Cómo reacciona Ganivet? Lo sabemos visceralmente individualista, enemigo de lo que llama «la inmunda democracia»,[21] y, como tal, adversario declarado del socialismo y otras doctrinas marxistas. Sin embargo, su reacción frente a los resultados de las elecciones belgas del 94 es muy moderada. Entiende bien lo importante de este ingreso masivo de diputados socialistas en la Cámara, ingreso anunciador de cambios políticos inevitables. «Si se introdujera el socialismo en Flandes, como ya lo está en la Valonia [...], se habría de ver muy pronto en Bélgica un ensayo de gobierno socialista, porque cabezas no faltan».[22] Lo curioso es que no aproveche la ocasión para dar a su corresponsal Navarro y Ledesma nombres de jefes de la izquierda, por ejemplo, los de Emile Vandervelde y Jean Volders. «Yo creo, prosigue, que el ensayo de un gobierno socialista no tendría nada expuesto, porque estas tropas están muy disciplinadas; es tal la práctica socialista que llevan en cooperativas, sindicatos y ligas, que pasarían sin esfuerzo a ocupar su puesto en las filas que les designasen los cabecillas.» Y concluye: «Aplicado a esta gente, baja en muchos grados el horror a la regla-

18. P. 1011.
19. *Obras Completas*, p. 1011.
20. *Idem.*, p. 1022.
21. Carta del 18 de agosto de 1893 (*OC*, t. II, p. 901).
22. Carta del 1.° de noviembre de 1894 (*OC*, p. 1013).

mentación socialista, que pone el pelo de punta a los que conservan aún vivo el sentimiento de su individualidad».[23]

Otro aspecto de la vida política que impresiona a Ganivet es lo serio de las elecciones. Las tentativas de corrupción son pocas. El domingo de la votación, la gente va a los colegios, derecha como bala, por interés político... o por temor de una multa, pues en Bélgica el voto es obligatorio.[24]

Contestando una pregunta de su amigo toledano, el vicecónsul habla de nuestra familia real. Cuenta en tono irónico como en el año 1830 los delegados del Congreso encontraron al futuro Leopoldo I en lo que llama el más excelente criadero de reyes constitucionales, es decir el palacio de los príncipes de Sajonia-Coburgo-Gotha. «Leopoldo vino —escribe— y fue rey, y con sólo dejar hacer se hizo él feliz y los hizo felices a todos».[25] Más que al rey, Ganivet atribuye la prosperidad del recién nacido reino a la actuación de su primer ministro, el liberal Charles Rogier.

De Leopoldo II, Ángel Ganivet esboza un retrato mucho más crítico: «Es un hombre que ha estudiado poco y viajado mucho; tiene una gran memoria de las personas y poca o ninguna de las ideas. Muchos palacios, muchos cotos, buena mesa y buenas chicas, inglesas especialmente. Lo demás le importa un rábano».[26] Acaba esta presentación cáustica precisando que «la plebe habla mal de [el rey], y [que] la gente de buen sentido le acepta con la misma benevolencia con que se acepta una cataplasma para resolver un modesto flemón».[27] Unos días antes de escribir esta carta, el vicecónsul de España había sido llamado al hospital de Amberes para visitar a un nicaragüense procedente del Congo. Antes de morirse, este infeliz, atacado por la fiebre amarilla, deseaba hablar con alguien que lo entendiese. Al mismo tiempo, las ciudades de Bruselas y Amberes recibían con grandes honores y festejos a algunos de los héroes de la conquista del Congo. Conmovido todavía por la tristísima historia del desventurado nicaragüense, Ganivet juzga con severidad a estos «héroes» y su supuesta obra civilizadora. «En el fondo no hay tal obra, ni tal civilizadora, y sí sólo una empresa comercial en grande, encubierta con rótulos filantrópicos, que incitan a los hombres de buena fe a coadyuvar a lo que, se viesen lo que hay en el fondo, no coadyuvarían».[28]

La propaganda oficial, en Bélgica como en otros países europeos, presentaba la conquista de territorios africanos como inspirada por grandes ideales éticos. Ángel Ganivet lo niega con energía: «No se trata de la felicidad de la raza negra, ni del progreso, ni de nada por el estilo; se trata de un negocio en gran

23. *Idem.*, p. 1013.
24. V. *OC*, t. II, p. 1012.
25. Carta del 10 de mayo de 1893 (*OC*, p. 836).
26. *Idem.*, pp. 836-837.
27. *Idem.*, p. 837.
28. *Idem.*, pp. 834-835.

escala, en que el buen Leopoldo tiene metidos buenos millones, que dará excelentes resultados si, como es de esperar, no se acaba la raza de los héroes de relumbrón que buscan la muerte o el ascenso».[29]

Ya lo dije, no cabe duda de que las empresas belgas en África, sobre las cuales reflexionaba a la cabecera del nicaragüense moribundo, dieron a Ganivet la ocasión de concebir la áspera burla que constituye *La conquista del reino de Maya*, novela en la cual de cuerpo a las ideas políticas expuestas de manera teórica en su famoso *Idearium español*.

Los límites de una ponencia no me permiten examinar lo que pensaba Ganivet del pueblo belga, de su historia, de sus costumbres populares, de sus dos literaturas. Esto quedará para otra ocasión. A principios de 1896, Ganivet, ascendió a cónsul de segunda clase en Helsingfors, abandona Amberes. No deja amigos en la ciudad flamenca. Ha pasado tres años y medio allí y, como lo confesaba a Navarro y Ledesma, «la gente que me conozca me creerá un extranjero tan cerrado aún que no puede moverse sin el plano de la ciudad en el bolsillo».[30]

29. *Idem.*, p. 835.
30. Carta del 8 de noviembre de 1894 (*OC*, p. 1019).